

A ÁNGEL GONZÁLEZ MUÑIZ

Hablo de Ángel González, un amigo-enemigo,
y de su poesía y sus raptos de amor.
Un amigo correcto: Un poeta del diablo
que escribe lo que yo casi estaba pensando,
mas ni siquiera me plagia, que es lo malo.
Por lo visto, envejezco.
Pierdo todos los trenes; llego tarde a las citas
de amor que, a los cincuenta, sólo son poesía.
En fin, es un amigo,
pero siempre me pisa los versos que —verán—
no eran así —parece casi—, digo: podrían corregirse
para mejor; ¡ay, Dios, qué viejo soy!
Falla el motor de arranque. Esperen, que ya voy.
Un gran poeta, digo (y olviden lo de amigo,
porque es pura retórica y estropea el sentido),
una calamidad
que camufla a su modo la locura cordial,
un chico muy correcto
que me gusta en directo como me gusta en verso,
pero, en fin, que me pisa,
y sale disparado —¡oh, el acelerador!—
hacia donde no suena mi voz por anterior.

En fin, que tengo envidia
(¡Si por lo menos fuera Juan Ramón o Aleixandre!),
pues me gusta su vida, la no vista ironía
con que toma las cosas (yo soy una entre otras),
y me digo: «Gabriel,
así fuiste ayer también».
¡Ayer!
Bendice en este ángel al que fuiste y aún es.
Amén.
Mas me da un poco de rabia ser tan viejo.
¡Joder!

G A B R I E L C E L A Y A

PARA LA GUITARRA DE ÁNGEL GONZÁLEZ

Albuquerque, 1993

Oigan el corrido del caballo blanco
que partió al galope por tierra fragosa.
Iba con la mira de encontrar la rosa,
la secreta rosa vecina al barranco.

Al áspero mundo pidió paso franco.
Fatigó los años sin lograr gran cosa.
La carrera un día se volvió penosa:
le sangraba el belfo, le estallaba el flanco.

Olvidó el aroma de la flor querida,
y supo que el mundo, se gane o se pierda,
es sólo una triste, desierta llanura

y que el arte hiela y corta la vida.
Pero cojeaba de la pata izquierda
y, a pesar de todo, siguió su aventura.

J O N J U A R I S T I

A Ángel González

Aplauden los semáforos más libres de la noche,
mientras corren cien motos y los frenos del coche
trabajan sin enfado. Es la noche más plena.
Ninguna cosa viva merece su condena.
Corazones y lobos. De pronto se ilumina
en un sillín con prisas la línea femenina
de un muslo. Las aceras, sin discreción ninguna,
persiguen ese muslo más blanco que la luna.
Pasan mil diez parejas derechas a la cama
para pagar el plazo de la primera llama
y firmar en las sábanas los consorcios más bellos.
Ellas van apoyadas en los hombros de ellos.
Una federación de extraños personajes,
minifaldas de cuero, chaquetas con herrajes
y el hablador sonámbulo que va consigo mismo,
la sombra solitaria volviendo del abismo.
Luces almacenadas, que brotan de los bares,
como hiedras contratan las perpendiculares
fachadas de cristal. Hay letreros que guiñan,
altavoces histéricos y cuerpos que se apiñan.
El día es impensable, no tiene voz ni voto
mientras tiemble en la calle el faro de una moto,
la carcajada blanca, los besos, la melena
que el viento negro mueve, esparce y desordena.
Yo voy pensando en ti, buscando las palabras.
Llego a tu casa, llamo, te pido que me abras.
La ciudad de las cuatro tiene pasos de alcohólica.
Desde el balcón la veo y como tú, bucólica
geometría perfecta, se desnuda conmigo.
Agradezco su vida, me acerco, te lo digo,
y abrazados seguimos cuando un alba rayada
se desploma en la espalda violeta de Granada.



Sin título, 1999

A los amigos de *Abril*

—J'aime beaucoup González
—le digo en Luxemburgo a un poeta africano
que me pregunta por la poesía
española de ahora
en las Jornadas de Mondorf.
—Gonzalès? —me replica
pasmado— Gonzalès?
On l'a vu quelques fois à la télévision
mais je ne savais pas qu'il écrivait.
—Mais non, ce n'est pas ce González-là
—debo aclararle—,
je vous parle d'Ángel, Ángel González.
—Ah, bon! J'avais pensé que vous aussi,
vous aviez un Senghor!
—Non, ce n'est pas le cas.

(Luxemburgo, mayo del 95)

J E S Ú S M U N Á R R I Z

PRONÚNCIESE GONSÁLES

Para Ángel, con devoción.

Qué desastre de gringo tan Oviedo,
qué Quevedo tan fieramente humano,
qué cónclave de sol ¿quién dijo miedo?
qué diapasón, que padre tan hermano.

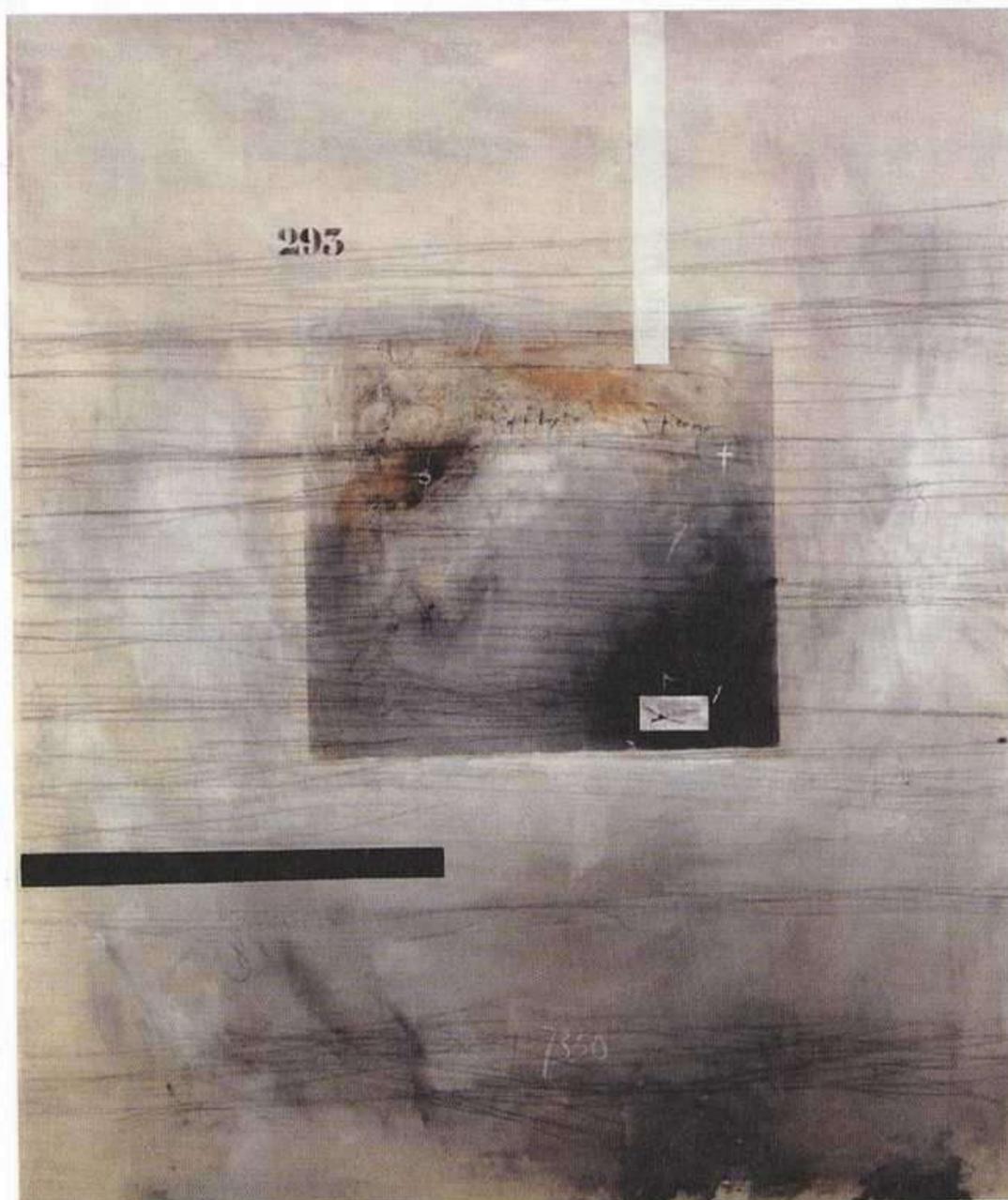
Qué singular tan made in Espronceda,
qué rosario de bares con esquinas,
dice vámonos ya, pero se queda,
qué arquitecto, qué máster en ruinas.

Qué arcángel de la guarda tan González*,
qué imán, qué bien me sabe nuestro ahora,
qué carita de plata de cabrales.

Qué bucanero anarcotraficante
mellando los puñales de la aurora,
qué savoir faire, qué caballero andante.

* Pronúnciese Gonsáles.

SOBRE «OTOÑOS Y OTRAS LUCES»



Sin título, 1999

Poesía de la prosa
de vivir la vida al día;
prosa de la poesía
("una rosa es una rosa
es una rosa...") tediosa;
prosemas, o más, acaso,
a par del último vaso...
Ángel, ¿de dónde trajiste
una alegría tan triste,
tanta albada en el ocaso?

F R A N C I S C O R I C O

CANCIÓN PARA A.G.

Camina claro en la noche
el caballero.

Va con los pasos muy breves,
pasos que sueñan despiertos.

La luz de los bares últimos
persigue el buen caballero,
hora ya de clarear.

Albor que vienes de lejos,
agrio azor de claridad,
no mates la noche turbia.

«En vaso corto y con hielo»
—y el oro que se derrama,
licor de la soledad.

Callado cuando otros hablan,
porque respeta el silencio,

canta amargo el caballero,
voz de quebrado cristal.

Canta en tinieblas amigas
el caballero
—carpe diem, qué veloz,
mundo de plata que huye.

La cueva de su guitarra
sirve de estuche a un lamento.

Amanece en la ciudad
y ya se va el caballero,
paso quedo, al mundo oscuro,
a domeñar
el albo dragón del sueño.

Ya se va de la noche el caballero,
pues se queda la noche sin verdad.

Hora ya de clarear

F E L I P E B E N Í T E Z R E Y E S

NO VOLVERÉ A ESRIBIR

*Agradecido a Manolo Portabella,
que me descubrió a Ángel*

Se me caen los cojones al suelo
cuando leo
versos de Ángel González,
que ya es viejo
y a quien yo no conozco de nada
desde hace mucho tiempo.

Se me quitan las ganas de escribir
al amar
hasta las cucarachas que describe.
Me cohíbe su ayer
que fue miércoles toda la mañana
y por la tarde
se puso casi lunes.

Se me saltan las lágrimas
al soñar con su insomnio,
me pesan en la chepa
sus palabras.
Nadie puede decir *aliterada letra huida*
casi exhalada
y volver a lo suyo.

Así que espero que aparezcan tus muelas
y los dientes
que te arrancó el dentista
cuando niño.
Que vuelvan a la encía que merecen
para que nadie te escuche balbucir
—mientras yo viva—
textos tan bellos.

T I T O M U Ñ O Z